

1. Un anciano moribundo

Sacerdocio y milicia son actividades que imprimen un sello especial e indeleble a quienes las realizan, de tal forma que aun cuando estas personas no porten hábito o uniforme, su lenguaje hablado y corporal revela a las claras su carácter sacerdotal o militar.

Un solo vistazo al sujeto que entraba a mi oficina me bastó para suponer que debía tratarse de un sacerdote. Era un hombre de unos sesenta años, alto y delgado, calvo, de rostro anguloso y de inteligente y serena mirada. Sus primeras palabras confirmaron mi hipótesis:

—Soy un sacerdote jesuita. No creo necesario decir mi nombre. Vengo a cumplir el encargo de un ser próximo a morir, a quien acabo de administrarle los sacramentos del caso. Se trata de alguien que fue un importante personaje en el mundo de la política durante muchos años, y que antes de morir está dispuesto a darle a conocer a usted, en su calidad de es-

critor y de historiador, todos los secretos que guarda, siempre y cuando no se revele nunca su identidad. Si usted acepta esta condición, hoy mismo podría realizarse una primera entrevista.

La inesperada propuesta me causó un momentáneo desconcierto, pero en seguida reaccioné al concluir que no tenía nada que perder y tal vez algo que ganar si la aceptaba y así se lo hice saber. El sacerdote utilizó su teléfono celular para transmitir mi resolución a un desconocido interlocutor. Acto seguido me informó que un auto pasaría a recogerme en una media hora, dicho lo cual se despidió y salió de mi oficina, en la que había estado a lo sumo unos diez minutos.

El auto llegó en el tiempo anunciado. Era un Mercedes Benz manejado por un hermético chofer que tan sólo respondía con monosílabos a cualquier cosa que se le dijese. El vehículo partió de la calle de Alumnos y llegando al Paseo de la Reforma se enfiló en dirección a la zona de las Lomas de Chapultepec. Era una soleada mañana de abril del año que daba inicio al nuevo milenio, el 2001. Llegamos a las puertas de una elegante pero no ostentosa mansión y penetramos en ella. Tras descender del auto el chofer me guió a través de un largo pasadizo hasta una gran biblioteca, en donde me dejó a solas pidiéndome que aguardase hasta ser lla-

mado. Me dediqué a curiosear entre los enormes y bien tallados libreros. Se trataba de una excelente biblioteca, integrada principalmente con libros referentes a México. Pude observar auténticas joyas bibliográficas: primeras ediciones de las obras de Kingsborough, Humboldt, Remy Simeon, Durán y Catherwood. Concluí que se me había llevado primero a esa biblioteca para hacerme saber que quien deseaba verme era alguien profundamente interesado en la historia de nuestro país.

Transcurridos unos veinte minutos retornó el chofer y me indicó que lo siguiese. Llegamos a una amplia recámara. En un ancho sillón estaba recostado un anciano ataviado con una pijama verde y una bata del mismo color. Lo reconocí de inmediato. Se trataba de un político que había ocupado destacados puestos en diferentes gobiernos: diputado, senador, gobernador y secretario de Estado en más de una ocasión. Su aspecto era a todas luces el de un enfermo terminal. En el rostro de tez amarillenta la piel semejaba una tela a punto de desprenderse de una ya perceptible calavera. Su cuerpo era tan delgado que casi no abultaba bajo las ropas. No obstante, su mirada contrastaba inexplicablemente con el resto de su figura, pues reflejaba no sólo lucidez sino una vigorosa energía.

—Le agradezco mucho que haya venido y que haya aceptado las condiciones para realizar

las entrevistas —afirmó el anciano con voz cascada pero que reflejaba firmeza.

Observé que en el buró situado entre el sillón y la cama estaban, junto a varios frascos de medicina, tres libros: *La mujer dormida debe dar a luz* de Ayocuán y *Regina y Tlacaélel* de mi autoría. El anciano extendió una mano para saludarme y me indicó con la otra que tomase asiento en una silla colocada frente al sillón. Su mano era huesuda y fría.

—Muy buenos días —saludé—. La verdad es que su enviado no fue muy explícito en lo que me dijo, así que no tengo claro qué propuesta desea hacerme.

El anciano señaló hacia el buró donde estaban los libros al tiempo que decía:

—He leído la obra de su maestro y los libros de usted. A mí también me interesa mucho la historia, pero no la historia como mera narración de acontecimientos, sino como la explicación de las causas que originaron esos acontecimientos, que según me parece es el punto de vista tanto de su maestro Ayocuán como de usted.

Sin decir nada asentí con la cabeza y el anciano prosiguió hablando:

—Iré al grano. El pasado primero de diciembre, con la llegada de ese señor Fox a la presidencia, finalizó un ciclo en la historia de México y dio comienzo otro que quién sabe a

dónde nos llevará. No importa si en un futuro próximo o lejano un candidato de mi partido logra llegar a Los Pinos, ya las cosas nunca volverán a ser como antes. El sistema político que representaba el PRI y que gobernó al país durante siete décadas ha quedado destruido para siempre, es ya cosa del pasado y por lo tanto aguarda el juicio de la historia. Yo fui uno de los creadores y operadores de ese sistema y por eso es que me interesa que el juicio sea justo, basado en un conocimiento de lo que verdaderamente fue el PRI y no en meras suposiciones. Esta es la razón por la que lo he llamado; si usted acepta escribir mi testimonio sin decir mi identidad, estoy dispuesto a revelarles todos los secretos que guardo y que explican cómo fue posible esa proeza, porque fue una proeza el que el PRI pudiese sostenerse durante tanto tiempo en el poder.

El cadavérico rostro del anciano parecía haber recobrado nueva vida. Con exaltado ánimo continuó su discurso:

—El PRI representó uno de los fenómenos políticos más singulares del siglo XX. Era la envidia de los políticos del mundo, que habrían dado cualquier cosa por pertenecer a un partido así, que siempre salía triunfante en las elecciones y que se perpetuaba en el poder, mientras que en todas partes había constantes alternancias de partidos, incluso desaparición de mu-

chos; todo esto generando una incertidumbre e inestabilidad que afectaba por igual a políticos y a ciudadanos.

El anciano hizo una pausa para tomar aliento, que aproveché para externar mi opinión:

—Discúlpeme, pero si lo que usted desea es que escriba un libro elogiando al PRI, creo que soy la persona menos indicada para ello. Me tocó en suerte ser testigo del genocidio que realizó el gobierno en 1968 y que sólo fue posible gracias al poder absoluto que confería al presidente el sistema político imperante. Además, no veo la necesidad de mi participación en esto, seguramente usted conoce a muchas personas a las que les fascinaría ser el conducto para difundir los secretos que usted quiere hacer del conocimiento público.

El anciano esbozó una sonrisa y afirmó:

—Los políticos de todas partes y de todas las tendencias incurren siempre en una misma ingenuidad. Creen que si logran controlar a la prensa y en general a los medios de información para hacer que elogien sus actos de gobierno, ello les garantizará una favorable mención en el libro de la historia. No entienden que la historia no la escriben los periodistas sino los historiadores, y que éstos se toman su tiempo, para hacerlo cuando pueden juzgar los hechos del pasado con absoluta objetividad e imparcialidad. Hace unos años, al celebrarse el segundo

centenario de la revolución francesa, le pidieron a un historiador chino su opinión sobre ese acontecimiento. Respondió que dos siglos eran muy poco tiempo para poder emitir un juicio al respecto.

—De ser así, creo que aún falta mucho tiempo para que pueda formularse un fallo histórico sobre el PRI —opiné.

—Desde luego, y por lo tanto no seremos ni usted ni yo los que habremos de hacerlo. Mi pretensión es mucho más modesta, tan sólo quiero dejar el testimonio de alguien que consagró su existencia a la creación y al mantenimiento de un sistema político. Algún día quizá llegue a ser de utilidad, cuando los historiadores analicen y valoren toda clase de testimonios sobre nuestra época con la perspectiva que sólo puede dar el tiempo.

—Pero no veo la necesidad de mi intervención, usted puede muy bien escribir o grabar directamente su testimonio.

—Sí, nada más que al escribirlo usted, incluiría sus críticas y comentarios a lo que yo dijese y eso le daría una mayor objetividad y validez. No soy tan vanidoso para suponer que mi testimonio vaya a ser la base en que se sustentará el fallo de la historia sobre el PRI, pero sí considero que puede contribuir a que los historiadores que habrán de dictar este fallo tomen en cuenta cierta información que tal vez sólo yo poseo.

—¿Y no cree usted que el negarse a dar su nombre como el autor de ese testimonio le restará validez tanto ante el juicio de los historiadores del futuro como de los lectores del presente, o sea de aquellos que lleguen a leer el libro que según parece desea que escriba con sus revelaciones?

—No, no lo creo. Lo mismo a historiadores que a lectores, lo que les interesa es llegar a conocer la verdad, saber si los hechos que se relatan realmente ocurrieron. Existen muchísimos testimonios anónimos que han sido fundamentales para comprender numerosos pasajes de la historia.

El anciano debió percibir que en mi interior se estaba librando una lucha por admitir su propuesta. Clavando su mirada en la mía y al tiempo que señalaba el libro sobre Regina afirmó:

—Según sé, ya en otra ocasión se le planteó a usted una disyuntiva muy semejante. Cuando recababa información para escribir su libro sobre los acontecimientos del 68, entre las muchas personas a las que entrevistó estuvo don Fernando Gutiérrez Barrios, que había sido el director de la Federal de Seguridad al ocurrir esos acontecimientos. don Fernando accedió a darle la información que deseaba, pero la condicionó a que su nombre no apareciese en ninguna página. Yo le estoy haciendo una pro-

posición muy semejante, con la diferencia de que no sólo le pido que mi nombre no se mencione en el libro que usted escriba con mis revelaciones, sino que además se comprometa a no decirle nunca a nadie que fui yo quien se las hizo.

Lo que afirmaba el anciano era cierto. Fernando Gutiérrez Barrios había sido uno de los personajes mejor informados de cuanto acontecía en México en el mundo de la política. Su versión de lo ocurrido en 1968 era por tanto invaluable y había accedido a dármela pero bajo la mencionada condición. No me arrepentía de haber aceptado esa exigencia. El ex director de la Federal de Seguridad fue el primero en informarme de algo que después pude confirmar por otros testimonios: en la matanza del 2 de octubre habían participado dos grupos del todo diferentes por sus orígenes y propósitos, pero que ante los ojos de sus víctimas semejaban uno solo, pues utilizaban formas parecidas para identificarse. Unos portaban un guante blanco y los otros un pañuelo blanco enrollado en la mano. Los del guante blanco eran militares vestidos de civil, pertenecían al Batallón Olimpia y su encomienda era apresar a los dirigentes del Consejo Nacional de Huelga, los cuales presidían el mitin que estaba realizándose en Tlatelolco. Los del pañuelo blanco eran un grupo de agentes de la Secretaría de

Gobernación provenientes de los cárteles del narcotráfico que tenían como tarea dispararle al Ejército para que al repeler éste la agresión se generase una matanza, como de hecho ocurrió, cumpliéndose así los cuatro objetivos de quienes habían planeado el genocidio: dar muerte a Regina y a sus seguidores, aplastar el movimiento de protesta estudiantil, cobrar venganza de los habitantes de Tlatelolco por su total apoyo a Regina y al Movimiento y aplicar un castigo al Ejército por haberse negado a convertirse en un ciego instrumento de represión.

Sin pretender ocultar mi sorpresa al escuchar lo afirmado por el anciano, exclamé:

—¿Y usted cómo lo supo? Yo creía que Gutiérrez Barrios no le había dicho a nadie que me había proporcionado esa información.

—Porque fuimos nosotros los que autorizamos a don Fernando a que se la diera. Aun cuando sabíamos que el libro que usted estaba escribiendo sobre el 68 era del todo contrario a la versión oficial, consideramos, al igual que lo hago ahora, que es inútil pretender ocultar ciertas cosas y que es mejor dejar que se conozcan para que sea la historia la que finalmente emita su juicio.

—Muy bien —concluí—, pues usted dígame cómo y cuándo podemos hacer este trabajo.

—Si le parece podemos vernos aquí todos los días mientras mi cuerpo aguante. Pasarán a

recogerlo diariamente a las ocho y media a partir de mañana.

—De acuerdo.

El anciano apretó un timbre colocado sobre el buró y al instante entraron en la habitación el chofer y una joven enfermera. El primero recibió instrucciones de conducirme de regreso a mi oficina y la segunda comenzó a suministrar al enfermo varios medicamentos. Al despedirnos el anciano expresó con amables palabras su agradecimiento por el hecho de que hubiese aceptado su proposición. Tal vez esta gentil actitud de su jefe para conmigo propició un cambio en el hasta entonces hermético chofer, pues durante el trayecto de regreso rompió su mutismo para hacerme partícipe de algunas confidencias de las que estaba al tanto por haberse las comunicado la enfermera: el anciano padecía de cáncer en el hígado y aun cuando conservaba plenamente su lucidez, contaba ya con muy pocos días de vida.